

Carta de Guadalajara De la Sierra del Tigre a Rhode Island

Juan José Doñán, Jorge Esquinca,
Juan Palomar Vereá, María Palomar

Los últimos días de enero Luis González se vio rodeado y agasajado en su mismo pueblo natal, San José de Gracia, Michoacán, por muchos de los numerosos amigos y admiradores que por distintos rumbos y a raudales se ha ido ganando. El motivo de los fastos gonzalinos en el mero corazón de San Pespurgo, el nombre cosmopolita que don Luis le ha impuesto a la villa de los "quesos redondos", fue el cumpleaños número 25 de *Pueblo en vilo*. Mesas redondas sobre el libro y su autor, juegos pirotécnicos, ágapes varios fueron organizados de modo ejemplar por el Colegio de Michoacán y por la misma población de San José de Gracia. El asistente pudo atestiguar un hecho poco común en nuestro ámbito: Luis González es capaz de reunir en torno suyo a intelectuales de ligas mayores que no se comen una jicama juntos. Entre el medio centenar de ciudadanos que se encaramaron a la Sierra del Tigre para hablar y oír hablar de *Pueblo en vilo*, hubo de todo: unos pocos que presentaron trabajos excelentes (Israel Cavazos, Enrique Krauze, Jorge Hernández, Gonzalo Villa Chávez...); los literatos que salieron con su domingo siete; alguien que hazñosamente abordó algún aspecto inusitado del libro (Víctor Manuel Ortiz se ocupó, de buena forma, del color en *Pueblo en vilo*), sin faltar aquel que no teniendo vela en el entierro no resistió la tentación de posar para la foto del recuerdo.

En toda ciudad hubo alguna vez un cine Roxy. Guadalajara no podía ser la excepción. Y tuvo, allá por los años treinta, un galerón *déco*, en el céntrico barrio del Refugio, su cine Roxy. Muchos lo conocimos, durante años, sólo por fuera: mudo navío encallado en una ciudad de tierra adentro al que la marea urbana

estaba siempre a punto de engullir. Pero otra sería la suerte del anómalo ejemplar. Cuando tras larga batalla Rogelio Flores logró rescatarlo e hizo saltar los candados enmohecidos, quienes entramos con él pudimos observar, no sin asombro, que más allá de la penumbra del *foyer* y la taquilla desvencijada, el Roxy había servido de caja de cultivo para una vida después del ciclorama. Por un tramo de la techumbre derruida, justo en el sitio donde estuvo la pantalla, entraba la luz y crecía la hierba. En los muros descarapelados anidaban las palomas. Seguro que entonces ni el propio Roger adivinaba las que habría de pasar —a tres años de distancia— para sostener en pie ese noble animalón. Hoy, remozado con más imaginación que presupuesto, el Centro Cultural Roxy ha resistido las feroces embestidas del *slam* y la cumbia, los altísimos decibeles del *trash* metal, el reggae, la salsa y el rock industrial; ordalías sin membrete, *performances* de oscura procedencia, espectáculos dancísticos y hasta lecturas de poesía y prosa. El Roxy ha resistido eso y más. Pero en no pocas ocasiones ha estado cerca de volver a formar parte de la grisura que campea en el primer cuadro. Una cosa es cuidar a pachecos, ebrios o simplemente eufóricos parroquianos, otra es enfrentar la picota de policías, inspectores y autoridades de toda laya que, en franca o velada alianza con la biempensantía local, huelen *cannabis* y tráfico en el humo de un Del Prado y atisban mensajes satánicos en toda música que exceda en decibeles al son de *La negra*. Tres años y el fantasma de la clausura no cesa de circular en torno al Roxy con su cadena ominosa. Tres años y el galerón sigue ahí. Referencia obligada a la Guadalajara de los noventa ("señorial y postmoderna").

Hay quien lo vislumbra ya lote baldío, pronto convertido en estacionamiento. Hay quien ha visto iluminarse de madrugada su vetusta marquesina de neón.

La existencia de un río, años después bautizado como San Juan de Dios, fue una de las señales de nacimiento de Guadalajara. Tras varias fatigosas y fracasadas tentativas vinieron los fundadores a encontrar asiento en sus márgenes. Lento e inexorable, con el transcurso de los siglos coloniales discurrió el deterioro de su caudal, ensuciado y despreciado por los habitantes. Otra de las marcas fundamentales de la villa, la barranca de Oblatos —límite y bastión norte del valle de Atemajac— sirvió siempre como final cloaca, como amplísimo vertedero de los sobrantes ciudadanos. Con fatal desapego de lo que nada cuesta, de lo que la inmutable naturaleza regala, Guadalajara jamás se preocupó por hacer provisión del agua generosa que cada temporal derrama sobre este valle. Cálculos aproximativos hablan de una cantidad de agua llovida cada estío que fácilmente alcanzaría para el consumo anual ciudadano. La respuesta concreta y visible que la ciudad ha dado a estos hechos no deja de ser pasmosa en su necesidad y contundencia: el río, a fuerza de pestilencia y descuido, hubo de ser entubado a principios de siglo, cosa que además fue en su tiempo festinada como un progreso. La barranca, portentoso lugar al que pocos artistas (Atí, Tom Coffeen) han logrado hacer justicia, sigue siendo ensuciada y degradada con minuciosa y prolífica tontería. Y los caudales que la lluvia aporta se conducen por costosísimos túneles al desperdicio. Mientras tanto, va en aumento la amenaza de desecación de la laguna de Chapala, víctima —entre otros factores— de la sed tapatía. La gente reclama airada, por estos días, ante las exorbitantes tarifas que el servicio intermunicipal de aguas pretende cobrar. En ella se incluye el precio de las enormes obras que se piensa preciso hacer para remediar la mercedida carencia de agua que este valle tan bien supo cultivar.

Por alguna arcana razón proliferan últimamente en Guadalajara letreros en idioma inglés. Curiosa manera de sentirse al día, o, a lo mejor, de renovar ideas que se piensan gastadas: ¿cuál será la íntima razón de conseguir y luego

exponer a los ojos del transeúnte un vistoso rótulo que muy en serio reza *open*, en vez de dejar que tan obvia condición sea expresada por la puerta que de par en par la proclama, gracias al benevolente clima y a la inveterada y amable costumbre de estos trópicos?

Un año después del Coloquio de Invierno, la Universidad de Guadalajara anuncia la celebración de un simposio al que se ha bautizado como Presente y Futuro de la Literatura Mexicana, y en el que habrán de intervenir muchos de los participantes del encuentro organizado por la UNAM, el Conaculta y Nexos (hasta el comandante sandinista Sergio Ramírez, *bôte habitué* de la UdeG, está anunciado), sin faltar por supuesto las consabidas ausencias. Se ha informado que el

simposio estará presidido por Carlos Fuentes, a quien los organizadores llaman "escritor parteaguas", lo que quizás signifique que el buen Moisés ya no estará más solo en la división de los parteaguas. El acto, que organizan conjuntamente la Universidad de Guadalajara y Brown University, fue ideado como las eliminatorias mundialistas: a visitas recíprocas. El primer *match* tendrá lugar los días 4, 5 y 6 de marzo en la ciudad de Providence, Rhode Island, sede de la universidad norteamericana. El encuentro de vuelta se llevará a cabo dos meses después, en Guadalajara, donde los días 14 y 15 de mayo estarán en juego, el "presente y futuro" de la literatura mexicana. Mucho trabajo van a tener los videntes. □

vengearse de lo que se considera sacado.

Chesterton, en su relato del asunto, narra que sostuvo "quebradizas" conversaciones con el Anónimo de Covent Garden. Se trataba, dice, de un Anónimo de buen peso y desvaída color al que, en un principio, confundió con su propio reflejo, luego con un eco nocturno y finalmente, con "un aura tenue". Irritado por los insultos que el Anónimo profería, escabulléndose por la plaza, Chesterton regresa la noche siguiente y le tiende una trampa: bajo una red, coloca un sólido trozo de bilis. El Anónimo cae de inmediato.

El moralista traslada a su casa a la "crying creature", la estudia y ensaya una clasificación que debemos citar *in extenso*. Se trata de un "Anónimo libelúido del orden de los acojonélidos, suborden de los anonímópecos, especie de los invisibólidos, caracterizado por tener la cabeza pequeña, movible y transversa; ojos compuestos pequeños y deformes; orejas descomunales (quince artejos) conniventes en el vértex; labro grande que cubre órganos bucales desproporcionados y llenos de uñas; protórax segmentado en varias secciones; lengua afilada plagada de papilas de succión con la que suele alimentarse de una agria baba pegajosa que él mismo produce en su estema infraventral y que utiliza como tinta. El Anónimo pulula por periódicos y editoriales, pero tiende a la soledad y al onanismo, si bien hay ocasiones en las que se organiza en cofradía con otros y establece una singular sociedad, desde luego anónima. A veces revolotea, con su peculiar zumbido, alrededor de algún político ágrafo con necesidades amanuenses. Su locomoción es una especie de vuelo reptante. Atrapa monedas pequeñas en el aire que luego devora, acullillado y dando la espalda. Dotado de facultades proteicas, se muda a voluntad en pangolín y en alacrán, aunque mostró preferencia por el avestruz. Con el rostro escondido, siempre de lado, emite en un siseo salivoso un machacante discurso venéreo entre el que desliza compulsivas quejas por el avestruz. Con el asiste, enuncia denuestos, dicta sentencias, enmarca todo en una curiosa coprolalia y finalmente se pone a masticar nombres propios, a torcerlos, invertirlos y destriparlos de modo tan frenético y furioso que, después de una rabietta, queda agotado con un aire satisfecho e idiota."

Llamemos la atención sobre algunos

Carta de Copilco Un anónimo

Guillermo Sheridan

Para definir un Anónimo, en teoría, basta y sobra con la contundente etimología: *lo que no tiene nombre*. Definirlo en la práctica es otra cosa: desde que el audaz G.K. Chesterton, a pesar de su gordura, atrapó un Anónimo en 1912, en la plazuela de Covent Garden, nadie ha vuelto a ver uno. No es fácil: atrapar un Anónimo va contra la lógica y escurre toda causalidad: el ser del Anónimo radica en que no lo tiene, y los atributos que lo definen son impalpables.

Cicerón sugirió su apariencia y carácter por negación en su famoso *Unus sustineo*, cuando propuso que un Anónimo "no soy yo, ni mi adversario, ni mi juez"; Voltaire, en sus *Cartas inglesas*, trató de aprisionarlo entre las categorías del fantasma cobarde y del muerto sincero, pero claudicó pronto; Thomas Hobbes en su *Leviathan*, apenas lo enumera entre las cosas "irrepresentables por la ficción" toda vez que es "voz sin

origen, acto sin cuerpo, efecto sin causa." Creatura escurridiza que ha elegido la ausencia de su rostro y de su nombre con el equívoco objeto de fortalecerlos a uno y a otro, el anónimo es, en el teatro de su imaginación, el patético héroe de sí mismo. En "privado" (aunque carece de privacidad: todo él es privado) es un incierto fiscal y un solitario juez que rumia las causas de su rencor; después, sin embargo, se convence de que su sentencia necesita ser pública.

Freud, casi de reojo, aludió al Anónimo como a una ablación voluntaria del carácter, propiciada por una sexualidad endeble y una figura paterna oprobiosa que hizo una de estas dos (o ambas) cosas: puso al Anónimo un apodo brutal y humillante, o utilizó en demasía la orden *sácate de aquí* (o bien: *sácateme de aquí*). El Anónimo es "el que se saca a sí mismo", luego se considera sacado por otro u otros, y finalmente se empeña en